



MIÉRCOLES 24 DE ABRIL

¡Feliz Pascua de Resurrección!

Bienvenidos al "cole" de nuevo.

Mientras hemos estado de vacaciones hemos celebrado el mayor acontecimiento universal: "Jesús ha Resucitado". ¡Y no me digas que no es una buena noticia el que resuciten los muertos! Esto nos garantiza que seguiremos viviendo más allá de la muerte. Este es el mayor regalo de Dios. Y lo da a todos, buenos y malos. Por lo tanto, esto de la Pascua te afecta a ti, quienquiera que seas y seas como seas. ¡Felicidades!



"Vayamos a anunciar, a compartir, a descubrir que es cierto: el Señor está vivo. Vivo y queriendo resucitar en tantos rostros que han sepultado la esperanza, que han sepultado los sueños, que han sepultado la dignidad. Y si no somos capaces de dejar que el Espíritu nos conduzca por este camino, entonces no somos cristianos".

"Con la Resurrección, Cristo no ha movido solamente la piedra del sepulcro, sino que quiere también hacer saltar todas las barreras que nos encierran en nuestros estériles pesimismo, en nuestros calculados mundos que nos alejan de la vida, en nuestras obsesionadas búsquedas de seguridad y en desmedidas ambiciones capaces de jugar con la dignidad ajena"

"El latir del Resucitado se nos ofrece como don, como regalo, como horizonte. El latir del Resucitado es lo que se nos ha regalado, y se nos quiere seguir regalando como fuerza transformadora, como fermento de nueva humanidad".

"A todos esos lugares donde parece que el sepulcro ha tenido la última palabra, y donde parece que la muerte ha sido la única solución. Vayamos a anunciar, a compartir, a descubrir que es cierto: el Señor está vivo.

La Resurrección de Jesús, es una llamada a la renovación, para intentar ser cada uno como debemos de ser. Jesús resucitó y también nosotros hemos de resucitar, al amor, al perdón, a la tolerancia, a la comprensión, a la solidaridad, y desterrar la mentira, la hipocresía y la calumnia.

Y finalmente, preguntarnos ¿Cómo quiere Jesús de Nazaret, que yo resucite en mi interior, para que no se sienta triste y dude de no habernos dejado un mundo nuevo?

Del evangelio de Lucas:

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?” Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?” Él les preguntó: “¿Qué?” Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; como lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace ya dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.”

Entonces Jesús les dijo: “¿Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?” Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.” Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Ellos comentaron: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.” Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Probablemente habremos escuchado un montón de veces este texto del evangelio de Lucas. Eso de que los discípulos volvían a su pueblo tristes y decepcionados por lo que habían vivido en Jerusalén, que el Resucitado se hace el enconradizo con ellos, que les explica el sentido de su muerte, que lo reconocen al partir el pan y que eso les lleva a volver corriendo al encuentro de la comunidad... lo hemos escuchado con mucha frecuencia. Quizá es menos habitual que recemos este pasaje fijándonos en lo que nosotros estamos llamados a vivir en nuestro día a día.

Si estamos atentos a lo que sucede a nuestro alrededor, a lo que llena el corazón de quienes nos encontramos en el camino de la vida, podremos también andar con ellos. Y no se trata de caminar ni delante ni detrás, sino a su lado, compartiendo de igual a igual y acogiendo lo que dicen y lo que expresan sin hablar, sin tener demasiada prisa por dar una respuesta... si es que la damos.

Moverse así por la vida, “en pie” y al estilo del Resucitado en Emaús, nos permite alentar también nosotros a quienes se sienten agobiados y tristes y, a la vez, dejar que otros nos animen cuando andemos “de baja forma”. Podremos ayudar a que otros descubran el sentido de los acontecimientos y permitir que ellos nos enseñen a mirar las circunstancias de otro modo. Podremos, en definitiva, celebrar la Resurrección y compartir la Eucaristía con una hondura cada vez mayor, porque estaremos reconociendo al Resucitado en el partir el pan.

Soy yo en persona.

Lectura del evangelio de Lucas.

En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: "Paz a vosotros." Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. Él les dijo: "¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo."

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: "¿Tenéis ahí algo de comer?" Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: "Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse." Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió: "Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto."

Cuando abandonamos las palabras y las hipótesis para lanzarnos a vivir la realidad tal y como viene no es difícil que acabemos magullados por la existencia. Esta es una manera de interpretar la frase de Leonard Cohen, cantante y poeta canadiense, cuando afirma que "una cicatriz aparece cuando la palabra se hace carne". Sí, implicarse en la vida y no pasar por ella "de puntillas" siempre acaba dejando alguna herida y más de un golpe, que configuran nuestra historia y se convierten en la señal de que nos hemos sumergido en la existencia a fondo perdido.

En el caso de Jesús esto se cumple con mucha más intensidad. Él es el Hijo que, movido por el amor, se abaja y se acerca a nosotros, a nuestra vida y nuestro mundo. Él es la Palabra hecha carne y, por eso mismo, sus cicatrices tienen una fuerza indescriptible y salvadora. Las marcas que muestra revela a sus discípulos que el Resucitado es el mismo que había caminado con ellos por los caminos de Galilea y que, aun siendo justo, terminó injustamente ajusticiado. Las cicatrices no son solo una prueba física de que Jesús no es ningún fantasma, sino que también recuerdan que el amor hasta el extremo le llevó a la Cruz y que vivir de pie no está reñido con sufrir con y por amor.

Si la resurrección clama que el Amor es más fuerte que la muerte, las señales de los clavos que el Señor muestra nos recuerda que amar duele, que buscar el bien del otro por encima del nuestro nos deja marcas en el corazón, que abordar la realidad como somos llamados nos magulla... pero ¡benditas cicatrices de quienes deciden vivir al estilo de Jesús!

Rezamos juntos el primer misterio glorioso, La resurrección de Jesús. Pedimos por todos los niños del mundo que en estos días celebran su Primera Comunión, en especial por nuestros compañeros de colegio. Que sea el inicio de una amistad verdadera con Jesús.

“Es el Señor”.

Lectura del evangelio de Juan:

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: “Me voy a pescar.” Ellos contestan: “Vamos también nosotros contigo.” Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Jesús les dice: “Muchachos, ¿tenéis pescado?” Ellos contestaron: “No.” Él les dice: “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.” La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: “Es el Señor.” Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces.

Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: “Traed de los peces que acabáis de coger.” Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: “Vamos, almorzad.” Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

Seguro que hemos escuchado muchas veces hasta hacerlo nuestro este dicho: “querer es poder”. Y aunque tiene mucho de cierto, porque el esfuerzo nos sirve de motor y empuje en muchos aspectos de nuestra vida, resulta que esa voluntad esforzada resulta inútil para las cosas más importantes de nuestra vida. Por mucho que nos empeñemos son muchas las cuestiones que no están en nuestra mano alcanzar. Eso les pasa a los discípulos en este evangelio. Por más que hayan puesto todo de su parte por pescar durante toda la noche, no han conseguido por ello que los peces acaben en sus redes.

Tampoco nosotros tenemos a nuestro alcance todo aquello que quisiéramos alcanzar para nuestras vidas y para las de las personas a las que queremos. Diferenciar entre lo que podemos cambiar a base de esfuerzo y lo que en última instancia depende de otros nos permitirá acoger esto último y aceptarlo como viene, del mismo modo que hicieron los discípulos con sus infructuosas horas de trabajo. Entonces podremos escuchar la voz del Resucitado, que se dirige a nuestras vidas para indicarnos por dónde hay que pescar. Y cuando echamos las redes por el lado que Él indica y acompasamos nuestros deseos a los suyos, la realidad supera con mucho nuestras expectativas, nuestros esfuerzos y nuestras simples capacidades.

Con lo cómodos que estamos cuando hemos encontrado una rutina, una estabilidad, cuando hemos conseguido acostumbarnos... Y viene la vida y nos empuja, unas veces más brutalmente que otras, y nos vuelve a desestabilizar, nos mueve...

¡Ojalá fuéramos como el viento y no como el paraguas!

CUENTO: La importancia de confiar en uno mismo

Érase una vez un hombre que vivía muy cerca de un importante cruce de caminos.

Cada día, nada más salir el sol, se acercaba al cruce para instalar su pequeño puesto ambulante de bocadillos, que el mismo preparaba y horneaba en su horno de leña.

Este hombre, que no podía ver ni escuchar bien, era conocido en toda la región por sus exquisitos bocadillos, a los que dedicaba todo su tiempo, ya que ni veía la televisión, ni podía leer el diario...

La gente estaba tan contenta que cada día le compraba más y más, hasta que, meses después, el hombre decidió alquilar un terreno donde puso un cartel de colores que todo el mundo podía ver. Y seguía preparando los bocadillos y vendiéndolos como siempre, gritando a voces su conocida frase:

– ¡Compre deliciosos bocadillos calientes!

Y así, como atraídas por un imán, las personas se acercaba al puesto y compraban deliciosos bocadillos.

El negocio cada vez iba mejor, así que el tendero pensó en alquilar un terreno más grande y en un sitio todavía más céntrico.

Y seguía vendiendo, más y más bocadillos cada día. Tanto que tuvo que pedir ayuda a su hijo, un prestigioso empresario de la ciudad, para que le ayudara.

Al recibir su llamada, su hijo respondió:

– Pero papá, ¿no escuchas la radio ni ves la televisión? No te puedes fiarte de que te vayan bien las cosas ahora porque estamos en crisis, una crisis terrible, y todo va a ir a peor- le dijo.

A esto, el padre pensó:

– Mi hijo trabaja en la gran urbe, tiene un trabajo altamente cualificado, además de contactos importantes y está muy bien informado. ¡Debe saber de lo que habla!".

Así que el tendero revisó sus costes, empezó a comprar menos pan e ingredientes e incluso dejó de promocionar sus bocadillos. El efecto negativo en las ventas fue inmediato y acabó devolviendo el terreno y dejó de confiar en sí mismo.

Apenado, el tendero volvió a llamar a su hijo:

– Querido hijo, tenías mucha razón, ¡puedo asegurarte que estamos atravesando una grave crisis!.

REFLEXIÓN

Este cuento nos hace reflexionar sobre la importancia de confiar en uno mismo.

A menudo nos dejamos influenciar por las opiniones de los demás y hacemos más caso de los condicionantes externos (radio, la televisión, la prensa) que a esa "vocecilla interior" que realmente sabe lo que nos conviene. Es importante guiarnos por ella y confiar en uno mismo para llegar a buen puerto.

¿Sientes tanta confianza en ti mismo cuanto quisieras?... Pocas personas podrían responder "sí" a esta pregunta. De hecho, todos hemos sentido inseguridad y falta de confianza en uno mismo, formando una barrera entre lo que somos y lo que queremos ser.



